sublimes de la caridad, como la entiende la verdadera Religión. Y porque hay pocos intransigentes, hay en el día pocos caritativos de veras. La caridad liberal que hoy está de moda es en la forma el halago y la condescendencia y el cariño; pero es en el fondo el desprecio esencial de los verdaderos bienes del hombre y de los supremos intereses de la verdad y de Dios.

XXII

De la caridad en lo que se llama las formas de la polémica, y si tienen en eso razón los liberales contra los apologistas católicos.

Mas no es este último principalmente el terreno en que coloca la cuestión el Liberalismo, porque sabe que en el de los principios sería irremediablemente vencido. Más á menudo acusa á los católicos de poca caridad en las formas de su propaganda, y en este punto es donde, como hemos dicho, suelen hacer especial hincapié ciertos católicos, buenos en el fondo, pero resabiados de la maldita peste liberal. ¿Qué hay, pues, sobre el particular?

Hay lo siguiente: Que tenemos razón los católicos en esto como en lo demás, y no la tienen, ni sombra de ella, los liberales. Fijémonos para esto en los siguientes puntos:

1º Puede claramente el católico decir á su adversario liberal, que lo es. Nadie pondrá en duda esta proposición. Si tal autor ó periodista ó diputado empieza por jactarse de Liberalismo, y no oculta poco ni mucho sus ideas ó aficiones liberales, ¿qué injuria se le hace en llamarle liberal? Es principio de derecho: *Si palam res est, repetitio injuriam non est:* "No hay injuria en decir del prójimo lo que él mismo dice á todas horas de sí. ¿Cuántos liberales, no obstante, particularmente del grupo de los mansos ó templados, tienen á gran injuria que los llame liberales ó amigos del Liberalismo un adversario católico?

2º Dado que el Liberalismo es cosa mala, no es faltar á la caridad llamar malos á los defensores públicos y conscientes del Liberalismo.

Es en sustancia aplicar al caso presente la ley de justicia que se ha aplicado en todos los siglos. Los católicos de hoy no hacemos innovación en este punto, nos atenemos á la práctica constante de la antigüedad. Los propaladores y fautores de herejías han sido en todos tiempos llamados herejes, como los autores de ellas. Y como la herejía ha sido siempre considerada en la Iglesia como gravísimo mal, á tales fautores y propaladores ha llamado siempre la Iglesia malos y malvados. Regístrense las colecciones de los autores eclesiásticos. Véase como trataron los Apóstoles á los primeros heresiarcas, y cómo siguieron tratándolos los santos Padres, cómo los

han seguido tratando los modernos controversistas y la misma Iglesia en su lenguaje oficial. No hay, pues, falta de caridad en llamar á lo malo, malo; á los autores, fautores y seguidores de lo malo, malvados; y al conjunto de todos sus actos, palabras y escritos, iniquidad, maldad, perversidad. El lobo fué llamado siempre lobo á secas, y nunca se creyó hacer mala obra al rebaño ni á su dueño con llamarle y apostrofarle así.

3º Si la propaganda del bien y la necesidad de atacar el mal exigen el empleo de frases duras contra los errores y sus reconocidos corifeos, éstas pueden emplearse sin faltar á la caridad. Es este un corolario ó consecuencia del principio anterior. Al mal debe hacérsele aborrecible y odioso; y no puede hacérsele tal sino denostándolo como malo y perverso y despreciable. La oratoria cristiana de todos los siglos autoriza el empleo de las figuras retóricas más vivas contra la impiedad. En los escritos de los grandes atletas del Cristianismo es contínuo el uso de la ironía, de la imprecación, de la execración, de los epítetos depresivos. La ley de todo esto deben ser únicamente la oportunidad y la verdad.

Hay otra razón además. La propaganda y apologética popular (y siempre es popular la religiosa) no puede guardar las formas enguantadas y sobrias de la academia y de la escuela. No se convence al pueblo sino hablándole al corazón y á la imaginación, y éstos sólo se emocionan con la literatura calurosa y encendida y apasionada.

No es malo el apasionamiento producido por la santa pasión de la verdad. Las llamadas intemperancias del moderno periodismo ultramontano, aparte de ser muy flojas comparadas con las del periodismo liberal (ejemplos recientes tenemos por ahí cerca,) están justificadas con solo abrir por cualquier página las obras de los grandes polemistas católicos de los mejores tiempos.

El Bautista empezó por llamar á los fariseos "raza de vívoras." Cristo Dios no se abstuvo de apostrofarlos con los epítetos de "hipócritas, sepulcros blanqueados, generación malvada y adúltera," sin que creyese por ello manchar la santidad de su mansísima predicación, San Pablo decía de los cismáticos de Creta, que eran "mentirosos, malas bestias, barrigones, perezosos." Al seductor Elimas Mago llámale el mismo Apóstol "hombre lleno de todo fraude y embuste, hijo del diablo, enemigo de toda verdad y justicia."

Si abrimos las colecciones de los Padres, no topamos más que con rasgos de esta naturaleza, que no dudaron emplear á cada paso en su eterna polémica, con los herejes. Citarémos tan sólo uno que otro de los principales. San Jerónimo disputando con el hereje Vigilancio, le echa en cara su antigua profesión de tabernero y le dice: "Otras cosas aprendiste (y no teología) desde tu temprana edad; á otros estudios te has dedicado. No es por cierto cosa que pueda ejecutar bien un mismo hombre, averiguar el valor de las monedas y el de los textos de la Escritura; catar los

vinos y tener inteligencia de los Profetas y de los Apóstoles." Y se ve que el santo controversista les tenía afición á esos modos de desautorizar al adversario, pues en otra ocasión, atacando al mismo Vigilancio, que negaba la excelencia de la virginidad y del ayuno, pregúntale con festivo donaire, "si lo predicaba así para no perder el consumo de su taberna." ¡Oh! ¡cuántas cosas hubiera dicho un crítico liberal si eso hubiese escrito contra un hereje de hoy uno de nuestros controversistas!

¿Qué diremos de San Juan Crisóstomo en su famosa invectiva contra Eutropio; que en personal y agresiva no tiene comparación sino con las tan agrias de Ciceron contra Catilina ó contra Verres? El melífluo Bernardo no era ciertamente de miel al tratar con los enemigos de su fe. A Arnaldo de Brescia (gran agitador liberal de su siglo) le llama con todas sus letras "seductor, vaso de injurias, escorpión, lobo cruel." El buen Santo Tomás de Aquino olvida la calma de sus frios silogismos para dirigirse en vehemente apóstrofe contra su adversario Guillermo de Saint-Amour y sus discípulos, y llamarlos á boca llena, "enemigos de Dios, ministros del diablo, miembros del Anticristo, ignorantes, perversos, réprobos." Nunca dijo tanto el insigne Luis Veuillot. El dulcísimo san Buenaventura increpa á Geraldo con los epítetos de "imprudente, calumniador, espíritu maléfico, impío, impúdico, ignorante, embustero, malhechor, pérfido é insensato." Al

llegar á la época moderna se nos presenta el tipo encantador de San Francisco de Sales, que por su exquisita delicadeza y mansedumbre mereció ser llamado viva imágen del Salvador. ¿Creis que les guardó consideración alguna á los herejes de su tiempo y país? ¡Cá! les perdonó sus injurias, les colmó de beneficios, procuró hasta salvar la vida á quien había atentado contra la suya. Llegó á decir á un su rival: "Si me arrancáseis un ojo no dejaría con otro de miraros como hermano" Pues bien; con los enemigos de su fe no guardaba clase alguna de temperamento ó consideración. Preguntado por un católico si podía decir mal de un hereje que esparcía sus venenosas doctrinas, le contestó: "Sí, podeis, con tal que no digais de él cosa contraria á la verdad, y solo por el conocimiento que tengais de su mal modo de vivir; hablando de lo dudoso como dudoso y según el grado mayor ó menor de duda que sobre esto tengais." Más claro lo dejó dicho en su *Filotea*, libro tan precioso como popular. Dice así: "Los enemigos declarados de Dios y de la Iglesia deben ser vituperados lo más que se pueda. La caridad obliga á cada cual á gritar "¡al lobo!" cuando éste se ha metido en el rebaño, y aun en cualquier lugar en que se le encuentre."

¿Habrá necesidad de dar á nuestros enemigos un curso práctico de retórica y de crítica literaria? Hé aquí lo que hay sobre la tan decantada cuestión de las formas agresivas de los escritores

ultramontanos, vulgo católicos verdaderos. La caridad nos prohibe hacer á otros lo que razonablemente no hemos de querer para nosotros mismos. Nótese el adverbio *razonablemente*, en el cual está todo el *quid* de la cuestión. La diferencia esencial de nuestro modo de ver y del de los liberales en este asunto, es el de que estos señores consideran á los apóstoles del error como simples ciudadanos *libres*, que en uso de su *perfecto derecho*, opinan de otro modo en Religión, y así se creen obligados á respetar aquella su *opinión* y á no contradecirla más que en los términos de una discusión *libre*; al paso que nosotros no vemos en ellos sino enemigos declarados de la fe que estamos obligados á defender, y en sus errores no miramos libres opiniones, sino formales herejías y maldades, como enseña la ley de Dios. Con razón, pues, dice un gran historiador católico á los enemigos del Catolicismo: "Vosotros os haceis infames con vuestras acciones, pues bien, yo os acabaré de cubrir de infamia con mis escritos." Y por igual tenor enseñaba á la viril generación romana de los primeros tiempos de Roma la ley de las Doce tablas: *Adversus hostem æterna auctoritas esto.* Que se podría traducir: "A los enemigos, guerra sin cuartel."

XXIII

Si es conveniente al combatir el error combatir y desautorizar la personalidad del que lo sustenta y propala.

Pero dirá alguno: "Pase esto con las doctrinas en abstracto. Mas, ¿es conveniente al combatir el error, por más que sea error, cebarse y encarnizarse en la personalidad del que lo sustenta?"

Responderemos á eso, que muchísimas veces si, es conveniente, y no sólo conveniente, sino indispensable y meritorio ante Dios y ante la sociedad. Y aunque bien pudiera deducirse esta afirmación de lo que llevamos anteriormente expuesto; queremos todavía tratarla *exprofeso* aquí, pues es grandísima su importancia.

En efecto; no es poco frecuente la acusación que se hace al apologista católico de andarse siempre en personalidades; y cuando se le ha echado en cara á uno de los nuestros lo de que comete una personalidad, paréceles á los liberales y á los resabiados de Liberalismo, que ya no hay más que decir para condenarle.

Y no obstante no tienen razón; no, no la tienen. Las ideas malas han de ser combatidas y desautorizadas, se las ha de hacer aborrecibles y despreciables y detestables á la multitud, á la que intentan embaucar y seducir. Mas da la ca-

sualidad de que las ideas no se sostienen por sí propias en el aire, ni por sí propias se difunden y propagan, ni por sí propias hacen todo el daño á la sociedad. Son como las flechas y balas, que á nadie herirían si no hubiese quien las disparase con el arco ó con el fusil.

Al arquero y al fusilero se deben dirigir, pues, primariamente los tiros del que desee destruir su mortal puntería, y todo otro modo de hacer la guerra sería tan liberal como se quisiese, pero no tendría sentido común. Soldados con armas de envenenados proyectiles son los autores y propagandistas de heréticas doctrinas; sus armas son el libro, el periódico, la arenga pública la influencia personal. No basta, pues, ladearse para evitar el tiro, no; lo primero y más eficaz es dejar inhabilitado al tirador. Así conviene desautorizar y desacreditar su libro, periódico ó discurso; y no sólo esto, sino desautorizar y desacreditar en algunos casos su persona. Sí, su persona, que este es el elemento principal del combate, como el artillero es el elemento principal de la artillería, no la bomba, ni la pólvora, ni el cañón. Se le pueden, pues, en ciertos casos sacar al público sus infamias, ridiculizar sus costumbres, cubrir de ignominia su nombre y apellido. Sí, señor; y se puede hacer en prosa, en verso, en serio, en broma y en grabado, y por todas las artes y por todos los procedimientos que en adelante se puedan inventar. Sólo debe tenerse en cuenta que no se ponga en servicio de

la justicia la mentira. Eso no; nadie en esto se salga un punto de la verdad; pero dentro de los límites de ésta, recuérdese aquel dicho de Crétineau-Joly: *La verdad es la única caridad permitida á la historia;* y podría añadir: A la defensa religiosa y social.

Los mismos santos Padres que hemos citado prueban esta tesis. Aun los títulos de sus obras dicen claramente que, al combatir las herejías, el primer tiro procuraban dirigirlo á los heresiarcas. Casi todos los títulos de las obras de san Agustín se dirigen al nombre del autor de la herejía. *Contra Fortunatum manichæum; Adversus Adamanctum; Contra Felicem; Contra Secundinum; Quis fuerit Petilianus; De gestis Pelagii; Quis fuerit Julianus*, etc. De suerte que casi toda la polémica del grande Agustín fué personal, agresiva, biográfica, por decirlo así, tanto como doctrinal; cuerpo á cuerpo con el hereje tanto como contra la herejía. Y así podríamos decir de todos los santos Padres.

¿De dónde ha sacado, pues, el Liberalismo la novedad de que al combatir los errores se debe prescindir de las personas, y áun mimarlas y acariciarlas? Aténgase á lo que le enseña sobre esto la tradición cristiana, y déjenos á los ultramontanos defender la fe como se ha defendido siempre en la Iglesia de Dios. ¡Que hiera la espada del polemista católico, que hiera y que vaya derecha al corazón, que ésta es la única manera real y eficaz de combatir!

XXIV

Resuélvese una objeción á primera vista grave contra la doctrina de los dos capítulos precedentes.

DIFICULTAD, á primera vista gravísima puede al parecer oponerse por nuestros contrarios á la doctrina que en los anteriores capítulos acabamos de sentar. Nos conviene dejar de esos escrúpulos (ó lo que fueren) limpio y desembarazado nuestro camino.

El Papa, dicen, y es cierto, ha recomendado diferentes veces á los periodistas católicos la templanza y moderación en las formas de la polémica, la observancia de la caridad, el huir las maneras agresivas, los epítetos denigrantes y las injuriosas personalidades. Y esto, dirán ahora, es lo diametralmente opuesto á cuanto acabais de exponer.

Vamos á demostrar que no hay contradicción ¡válganos Dios! entre estas nuestras indicaciones y los sabios consejos del Papa. Y no nos costará, por fortuna, ponerlo patente.

En efecto; ¿á quién se ha dirigido el Papa en esas sus repetidas exhortaciones? Siempre á la prensa católica, siempre á los periodistas católicos, siempre suponiendo que lo son. De consiguiente, es evidente que al dar tales consejos de moderación y templanza, los refirió á católicos

que trataban con otros católicos cuestiones libres entre ellos; no á católicos que sostenían *con anti-católicos declarados* el recio combate de la fe.

Es evidente que no aludió á las incesantes batallas entre católicos y liberales; que por lo mismo que el Catolicismo es la verdad y el Liberalismo la herejía, han de reputarse en buena lógica batallas entre católicos y herejes. Es evidente que quiso se entendiesen sus consejos sólo en relación con nuestras disidencias de familia, que no pocas son por desgracia, y que no pretendió que con los eternos enemigos de la Iglesia y de la fe luchásemos nosotros con armas sin filo y sin punta, usadas sólo en justas y torneos. De consiguiente, no hay oposición entre la doctrina sentada por nosotros y la que contienen los aludidos Breves y Alocuciones de Su Santidad. Porque la oposición en buena lógica debe ser *ejusdem, de eodem et secumdum idem*. Y aquí nada de esto tiene lugar.

¿Y cómo podría la palabra del Papa interpretarse rectamente de otra manera? Es regla de sana hermenéutica que un texto de las sagradas Letras debe interpretarse en sentido literal, cuando á este sentido no se opone el restante contexto de los Libros santos; acudiendo al sentido libre ó figurado cuando aparece dicha oposición. Análogo es lo que podemos establecer al tratar de la interpretación de los documentos pontificios.

¿Puede suponerse al Papa en contradicción

con toda la tradición católica desde Jesucristo hasta nuestros días? ¿Puede ncreerse condenados de una plumada el estilo y manera de los más insignes apologistas y controversistas de la Iglesia, desde san Pabo hasta san Francisco de Sales? Es evidente que no. Y es evidente que así sería si debiesen entenderse tales consejos de moderación y templanza en el sentido en que (para su conveniencia particular) los interpreta el criterio liberal. Es, pues, sólo admisible conclusión de que el Papa, al dar tales consejos (que para todo buen católico deben ser preceptos) intentó referirse, no á las polémicas entre católicos y enemigos del Catolicismo, como son los liberales, sino á las de los buenos católicos en sus disidencias y diferencias entre sí.

No, no puede ser de otra manera, y lo dice el mismo sentido común. Nunca en batalla alguna les encargó el capitán á sus soldados que no hiriesen demasiado al adversario; nunca les recomendó blandura con él; nunca halagos y consideraciones. La guerra es guerra; y nunca se hizo de otra manera que ofendiendo. Sospecha lleva de ser traidor el que en el fragor del combate anda gritando entre las filas de los leales: "¡Cuidado con que no se disguste el enemigo! no tirarle demasiado al corazón!"

Pero ¿qué mas? El mismo Papa Pio IX nos dió por sí propio la interpretación auténtica de aquellas palabras, y mostró de que manera aquellos consejos de templanza y moderación deben aplicarse. A los sectarios de la *Commune* llamó en una ocasión solemnísima *demonios*, y á los del catolicismo-liberal llamó *peores que esos demonios*. Esta frase dió la vuelta al mundo, y salida de los labios mansísimos del Papa, quedóle grabada en la frente al Liberalismo como estigma de eterna execración. ¿Quién, después de ella, temerá excederse en la dureza de los calificativos?

Y las mismas palabras de la Encíclica *Cum multa*, de que tanto ha abusado contra los más firmes católicos la impiedad liberal, aquellas mismas palabras en que nuestro santísimo Padre Leon XIII encarga á los escritores católicos que "las disputas en defensa de los sagrados derechos de la Iglesia no se hagan con altercados, sino con moderación y templanza, de suerte que dé al escritor la victoria en la contienda, más bien el peso de las razones que la violencia y aspereza del estilo," es evidente que no pueden entenderse más que de las polémicas entre católicos y católicos sobre el mejor modo de servir á su causa común, no á las polémicas entre católicos y enemigos declarados del Catolicismo, cuales son los sectarios formales y conscientes del Liberalismo.

Y la prueba está al ojo con solo mirar el contexto de la referida preciosísima Encíclica.

El Papa acaba de exhortar á que se mantengan unidas las Asociaciones y los individuos católicos. Y después de ponderar las ventajas de

esta unión, señala como medio principalísimo para conservarla, esta moderación y templanza en el estilo que acabamos de indicar.

Hé aquí deducido de esto un argumento que no tiene contestación.

El Papa recomienda la suavidad del estilo *á los escritores católicos* para que les ayude á conservar la paz y la mutua unión. Es así que esta paz y mutua unión solo debe quererla el Papa entre católicos y católicos, y no entre católicos y enemigos del Catolicismo. Luego la suavidad y moderación que recomienda el Papa á los escritores sólo se refiere á las polémicas de los católicos entre sí, nunca á las que debe haber entre católicos y sectarios del error liberal. Más claro. Esta moderación y templanza la ordena el Papa como medio para el fin de aquella unión. Aquel medio debe, de consiguiente, caracterizarse por este fin al que se ordena. Es así que este fin es puramente la unión entre católicos, nunca (*quia absurdum*) entre católicos y enemigos del Catolicismo. Luego tampoco debe entenderse aplicada á otra esfera aquella moderación.

XXV.

Confírmase lo últimamente dicho con un muy concienzudo artículo de "La Civiltá cattolica."

Dudamos se encuentre salida á este argumento porque no la tiene. Mas como la materia es trescendentalísima, y ha sido objeto en estos últimos tiempos de acalorada controversia; siendo además escasa y de flojo peso nuestra autoridad para fallar sobre ella en definitiva; habrán de permitirnos nuestros lectores aduzcamos aquí en pro de nuestras doctrinas voto de más reconocida, por no decir de incontestable y de incontestada competencia.

Es el de *La Civiltá cattólica*, periódico religioso el primero del mundo, no oficial en su redacción, pero sí en su origen, pues fué fundado por Breve especiál de Pio IX, y por él confiado á los padres de la Compañía de Jesús. Este periódico, pues, que no deja sosegar con sus artículos, ya en serio, ya en sátira, á los liberales de su país, se vió varias veces reprendido de falta de caridad por esos mismos liberales. Para contestar á estas farisáicas homilias sobre la templanza y la caridad, publicó dicha *Civiltá* un artículo donosísimo y lleno de chiste, á la par que de profunda filosofía. Vamos á reproducirlo aquí para cansuelo de nuestros liberales y desengaño